

probablemente ese personaje no sirvió sino para amanuense o mecanógrafo de los yanquis. Y por contraste, y porque nuestros hombres de espíritu quisieron ignorar el presente, surgió también un tipo de «hombre práctico» hispano-americano bastante más cruel y bárbaro que el «hombre práctico» yanqui fustigado por Waldo Frank.

La unilateralidad en nuestras relaciones explica, según Waldo Frank, por qué la atmósfera americana de estos tiempos está cargada de suspicacias. A los hombres de espíritu corresponde establecer la normalidad del fenómeno. A la «abstención» lírica que predicaron los intelectuales de hace veinte años y que entregó la América al tráfico de los hombres prácticos, debe suceder una era de comprensión y esclarecimiento. No podemos ir nosotros contra los imperativos de la Geografía y de la realidad económica. Geografía e intereses nos vinculan a los Estados Unidos. Que esas relaciones se traduzcan en odio o en cooperación es el problema que se plantea.

Los «hombres prácticos» de ambas Américas inclinan la balanza del lado del odio. Hombre práctico según Waldo Frank es el yanqui que creyó el camino más expedito entrar en relaciones con Hispano-América por intermedio de los Gómez, los Sacasa o esa prolífica familia de los Chamorros nicaragüenses. Como halló en estos hombres los «caporales de la hacienda», conocedores del «native man» y dispuestos a darle látigo a éste, su tarea se simplificó. Ese yanqui casi apareció como dulce y humano ante los otros hombres

prácticos nacidos de nuestra barbarie (Gómez, Chamorro y demás caciques de Centro América y el Mar Caribe). Mirado desde este punto de vista el problema de nuestras relaciones con Estados Unidos, la elevación y dignidad con que deben desenvolverse es casi un problema de orden y de decoro interior.

Esto y muchas más cosas nos ha sugerido el compacto libro de Waldo Frank.—*Mariano Picón-Salas.*

VIAJES

TIERRA DE ÁGUILAS. UN SUDAMERICANO EN LA U. R. S. S., por *Eugenio Orrego Vicuña.*

Desde el título es discutible la letra de este libro: ¿Por qué *tierra de águilas*? Rusia es un país plano en que las águilas no deben abundar. Seguramente el autor se ha querido referir a los hombres que han hecho la revolución y a los que más tarde han sostenido—a menudo rectificándolos—los principios de Lenin. Y sólo así es concebible que se llame tierra de águilas a Rusia.

Este libro (1) es un relato de viaje por Siberia y Rusia. El autor sale de China en un vagón del transiberiano y viaja días y días a través de tierras desconocidas. Por fin entra en la Rusia europea y comienza a ver ciudades de relativa impor-

(1) *Tierra de Águilas.* Editorial Barrington. Santiago-Buenos Aires, 1929.

tancia: Ekaterimburgo, la ciudad en que fueron fusilados los miembros de la familia real, luego la nueva capital de Rusia: Moscú, y la ex-capital, Leningrado.

Varios capítulos centrales de la obra se refieren a aspectos de la vida moscovita, que a través del relato del señor Orrego Vicuña se nos muestra como la de una ciudad grande, donde hay palacios interesantes, bellos museos, comodidades propias de cualquier país burgués. En Moscú el autor tiene oportunidad de contemplar el entierro de Krassin, uno de los grandes hombres del bolchevismo heroico de los primeros tiempos. Después de narrar esa solemnidad fúnebre y de consignar algunas impresiones de Leningrado, el libro termina.

Deja en el ánimo una impresión dual. De un lado hay cierta magnificencia de sensaciones, hija de la originalidad del espectáculo. El país siberiano, poblado de mansos dromedarios agazapados en la tierra—sus múltiples colinas erizadas de matorrales—, las ceremonias conmemorativas del estallido de la revolución, en su décimo aniversario, que sorprenden al viajero en las estaciones finales del periplo, la ciudad moscovita, poblada de reminiscencias, los rincones que en ella se le dejan ver: todo eso es atractivo y es incitante. Rusia atrae la atención del más desatento. La tragedia de la familia real, la sublevación armada, el gobierno provisional, la revolución bolchevique, el terror rojo, la Nep, la muerte de Lenin son etapas de un proceso histórico grandioso que no se sabe a dónde va a

parar. El señor Orrego Vicuña no oculta su simpatía por los bolcheviques, pero no se ciega hasta el punto de no ver las imperfecciones del sistema. Sobre todo lo han impresionado los abusos de fuerza, las exageraciones del poder ejercido por hombres ineducados, que en un trato rudo vengán sus resentimientos de muchos años.

Pero junto a esta sensación original, sumamente interesante para quien tenga alguna curiosidad por la vida rusa, este libro deja una desapacible impresión de descuido literario. Ha sido escrito a la carrera, sin duda; tal vez a medida que el autor iba viendo los paisajes que describe y conversando con las personas que conoció en Rusia. ¿Cómo es posible, sin embargo, que no haya sido perfeccionado eficientemente en nuevas lecturas del original y en la corrección de pruebas? La verdad es que no lo ha sido y que de los galicismos, neologismos inútiles, expresiones arbitrarias y disparatadas que contiene se podría hacer un nutrido catálogo.

No es esto precisamente lo que pienso hacer en esta ocasión porque el autor, joven y bien dispuesto, no debe ser desalentado. Pero sí se me permitirá anotar algunas expresiones que conviene rectificar en una edición posterior.

En la página 134 de este libro se lee lo siguiente:

En Roma asistí a las primeras predicaciones de Pablo y estaba en la ciudad de Salomón cuando Pedro fué expulsado del templo.

¿Pedro, el apóstol Pedro, expulsado del templo? ¿Cuándo y por

quién? Parece que el autor ha confundido dos episodios bien distintos de la vida de Jesús. Uno es la expulsión de los mercaderes del templo. El Nazareno cede a la indignación que le produce ver convertida la casa de su padre en asilo de viles comerciantes, y arremete contra ellos a golpes de rebenque. Otro es la negación, por tres veces, de Pedro. Tomado preso Jesús, fueron apresados con él algunos de sus discípulos. Uno de ellos era Simón Pedro. Se le interrogó sobre si conocía a Jesús, y antes que el gallo cantara—así lo había profetizado el Maestro—Pedro lo negó tres veces. Bien distinto, ¿no es cierto?

Dice el señor Orrego Vicuña (pág. 267):

...entre los romanos, creadores de una filosofía amable, plena de comprensión humana, que acogía todas las ideas—¿no destinaron un altar para el dios desconocido, el dios que vendría de un pueblo aun no conquistado?...

En esta frase hay casi tantos errores como palabras. Desde luego, los romanos no crearon una filosofía amable porque no crearon ninguna

filosofía. Los romanos se distinguieron como constructores y legisladores, no como filósofos. Y —finalmente—no fueron los romanos los que erigieron un altar al dios desconocido, sino los griegos.

He aquí dos graves deslices que no tienen disculpa. Cuando no se dominan con soltura las cuestiones históricas y filosóficas, no hay necesidad de aludirlas. Es peligroso, como lo prueban los fragmentos mencionados.

Es el del señor Orrego Vicuña un libro malogrado por el apresuramiento y el abandono. El caudal de observaciones en que se basa es muy original y muy interesante. Pero la forma en que está escrito no es recomendable. A los dos deslices mencionados podrían agregarse muchos otros, tal vez menos importantes pero que en conjunto forman un panorama muy nutrido. En él hay expresiones torturadas, malas construcciones, regímenes equivocados, galicismos de frase y de palabra, transiciones bruscas...

[] Todo un cuadro teratológico en que la literatura sale mal parada.—
R. Silva Castro.